



DISCURSO VII

*Re stauración de todo lo existente en Jesucristo
Sacramentado.*

*Qui praeordinavit nos... instaurare omnia in
Christo, sive quae in caelis, sive quae in terris sunt
in ipso.*

Dios Padre nos predestinó para restaurar todas
las cosas en Jesucristo, tanto las que son en el cielo,
como las que están en la tierra, en El mismo.

AD EPHES I, 5 y 10.

1. Misterio grande, misterio excelso, misterio sublime á la par que de saludables consecuencias para el hombre se había decretado en las eternidades. Todas las bellezas de la creación, todas las armonías del universo habían sido creadas por el Verbo de Dios (1) y con respecto á Él. Más aún: todo lo existente y todo lo posible, en El Verbo, sabiduría increada, desde una eternidad fué producido para ser en el tiempo digna y debidamente realizado. El Señor le poseyó desde el principio de sus caminos, (2) desde la eternidad, antes que crease obra alguna; y en Él, en el Verbo divino estaba la Fuerza creadora que arrojó cual leve arista esos inmensos y bellos mundos al espacio, y los encadenó á su obediencia, dotándolos de leyes admirables por las cuales se rigieran perpetuamente; y en Él, en el Verbo divino estábamos todos los hombres para ser creados,

(1) Joan. I.

(2) Prov. 8, 22.

todos los cristianos para ser redimidos, y todos los predestinados para ser salvos. Cuando el reloj de las eternidades marcó la hora de las existencias sucesivas, aparecieron hechos todos los seres por el Verbo del Padre; y he aquí el misterio inefable: si todos los seres fueron creados por el Verbo, también lo fueron con respecto al Verbo y para el Verbo, de suerte que si del Verbo de Dios partimos como de insondable y eterno océano, al Verbo de Dios debemos ir á parar, á la manera que los ríos, del mar salen y al mar regresan. Por esto no llamaré de ningún modo la atención que el Apóstol, ante el hermoso espectáculo que forma este cuadro celestial, prorumpa en esta exclamación de gozo: «Bendito sea el Dios Padre de N. S. Jesucristo que nos bendijo, que nos eligió y que nos predestinó en Cristo, entre otras para restaurar en Él todas las cosas, tanto las que son en el cielo como las que están en la tierra». Ved aquí, por consiguiente, á todos los seres creados, según frase del Apóstol, degenerados de la perfección primitiva que tuvieron en el Verbo, de quien partieron; y ved también que el Eterno Padre nos predestinó para que tomásemos sobre nuestros hombros el encargo de reparar todas las cosas celestiales y terrenas. Mas tened presente que de esta honrosa tutela se desprende lógicamente que Jesucristo es el ejemplar perfectísimo, no sólo de los predestinados, si que también de todos los discípulos del Redentor, de quien deberemos copiar en la ejecución de la restauración universal.

2. Es un gran dogma de Fe que el Hijo de Dios encarnado es el tipo único, el ejemplar exclusivo, el modelo perfecto de los redimidos. Desde el momento en que le hemos visto obrar un sinnúmero de milagros en comprobación de una doctrina nueva, que es suya; desde el momento en que hemos oído de sus benditos labios que Él es la luz, la verdad, el camino y la vida; desde el momento en que hemos sido requeridos á que aprendamos de Él; desde el momento en que Él se nos ha presentado como el Hombre divino, solo y sin segundo, que se sacrifica por sus hermanos, y que surge ileso del sepulcro, y asciende al Padre entre nubes

de gloria para ser medianero nuestro, y se queda en nuestra compañía para ser nuestro sustento: no nos resta otro camino que seguirle y tomarle por guía único de nuestra peregrinación á la eternidad. Sí; Jesucristo es el ejemplar de los hombres que optan por acertar su destino último. En atención á Jesucristo hemos sido creados, por Jesucristo hemos sido redimidos, por Jesucristo seremos salvos. Y no hay otro nombre por el cual nos sea prometida la salvación, pues Dios Padre confió absolutamente á su Hijo la felicidad de sus hermanos los hombres, y en el Hijo de Dios deberemos mirarnos necesariamente para restaurar la vida propia y la ajena.

3. Misión celestial que atraerá todas las cosas á Jesucristo, su principio y su origen; misión saludable que rejuvenecerá todas las cosas, las sacará de su postergamiento, las levantará de su degradación y las conducirá á su Autor. Y estas cosas son las del cielo y las de la tierra; las del cielo serán reparadas en Jesucristo, Mediador eterno, que restauró las almas santas de sus siervos que en el seno de Abraham estaban, trasladándolas al paraíso, y haciendo propicios, con respecto á los fieles, á los beatíficos moradores de la Jerusalén celeste; y las de la tierra serán asimismo reparadas por el Dios de la Hostia santa, atrayéndolas dulcemente á sí, cautivándolas por su humildad y fraternidad perfectas, y uniéndolas con fuerte lazo de amor. Entonces los hombres depondrán sus odios y se estrecharán con Jesucristo Sacramentado, dándose en señal ósculo de paz; entonces la esclavitud desaparecerá para dar lugar al hombre libre, que se abrirá paso por entre mil dificultades seculares hasta llegar al trono de la Eucaristía, donde seesteará tranquilo con su Dios; entonces la ciencia y el arte y cuanto provechoso es al hombre será purificado y embalsamado con el suave aroma de los altares para rendir frutos de eternas bendiciones; entonces, ¡ah! todas las cosas serán restablecidas, tanto las del cielo como las de la tierra en Cristo Sacramentado.

Y ¡triste verdad! los hombres y las cosas han vuelto á su

estado de rebajamiento, se han desviado de la Fuente del amor; y nosotros, si deseamos llevar á cabo uno de los planes más importantes del Salvador, será necesario que nos propongamos restaurar de nuevo todas las cosas en el Sacramento del altar.

Ved por que he intentado en el presente discurso hablaros de este asunto. Trataré en él de la reparación de nuestras ideas, de nuestros sentimientos y de nuestras costumbres, conforme al modelo Jesucristo Sacramentado; ó sea: *Restauración de todo lo existente en Cristo eucarístico*; antes, empero, menester es que estudiemos en qué estado se hallan el hombre y la sociedad; y que, tanto ésta como aquél, si desean salvarse, necesitan ser restaurados en Jesucristo Sacramentado.

PARTE 1.^a

4. ¿Qué es el hombre? Considerado según las ideas que de él nos ofrece la razón, el hombre es un compuesto de alma y cuerpo; de alma que piensa, siente y quiere, y de cuerpo material, á quien da vida el alma; de alma que es inmortal y que por esto aspira naturalmente á lo inmortal y á lo eterno por esencia que es Dios; y de cuerpo que, siendo de sí mismo materia inerte, nada quiere sino lo que quiere el alma, nada siente sino juntamente con el alma; el hombre, pues, según la razón, es un ser inteligente y libre, y por lo tanto responsable. Pero el hombre; según las ideas que de él nos ofrece la divina revelación, es más todavía: es, no solamente el más perfecto de todos los seres visibles animados, sino también el rey de toda la naturaleza corpórea para quien fueron dispuestas las cosas creadas. Hecho poco menor que los ángeles, á él fueron sometidas todas las bellezas del universo. Empero, la bondad del Altísimo no había quedado satisfecha; formó al hombre á su imagen y semejanza, de modo que si en Dios hay tres Personas distintas y divinas, á él dió tres potencias distintas y simples: y si en Dios hay pureza y santidad, también quiso que el hombre, mediante la gracia santificante, fuera puro y santo.

Dios hizo todavía más: quiso que el ser humano llevase su vida divina; pretendió transformarle en sí mismo; y ved aquí cómo por medio de la divina Eucaristía, Dios se comunica al hombre, le otorga sus dones, sus carismas, sus privilegios; y el Hijo de Dios, hecho hombre, da en manjar su propio cuerpo y en bebida su propia sangre.

¡Qué grande, qué digno, qué hermoso es el hombre recatemente considerado!

Pero ¡desgracia suma! este ser ilustre á tanta altura elevado, no entendió la condición de su nobleza, y se degradó por amor á las cosas sensibles hasta ponerse en gran parte al nivel de las bestias.

5. Se rebajó, se degradó en sus ideas. El hombre, en efecto, debe pensar según Dios, ya que Dios le ha dado leyes para regirse; sin embargo, ahí tenéis al hombre de hoy que, rebelado contra el Altísimo, dice y enseña que ha de gobernarse únicamente según el dictamen de su razón, sin hacer caso de la revelación divina. Consiguientemente sus sentimientos están asimismo degradados. El corazón del hombre, formado por Dios para amar, tiende naturalmente á querer lo que aprehende como bueno, y rechazar y odiar lo que toma como malo; pero el hombre que se forma con las ideas del día, el hombre que rechaza la divina revelación no puede amar á Dios, porque no le ata ningún lazo voluntario con el Eterno; desligado de los preceptos del Altísimo, y desconociendo deberes para con sus prójimos, sólo derechos para sí, siente levantarse en su alma el deseo de procurarse todas las comodidades posibles, todos los bienes imaginarios, todas las riquezas, todos los placeres, aún los ilícitos, aunque sea á costa del honor y del sacrificio de su prójimo; su prójimo, que para él no es más que un semejante al cual puede explotar si se deja, y al que puede ayudar por la recompensa ó por un sentimiento natural de humanidad.

De los sentimientos brotan como de su fuente las costumbres. Un hombre de tales sentimientos como los que acabo de exponeros, ¿qué costumbres habrá adquirido? El árbol malo no puede producir frutos buenos, y el árbol emponzo-

ñado dará frutos podridos; así acontece á semejantes hombres: el orgullo les carcome, la sensualidad y el libertinaje les devora, la ambición corroe sus entrañas. ¡Ah! El hombre moderno que no teme á Dios, si es superior oprimirá á los súbditos á su antojo; si es súbdito sacudirá el yugo de su superior ó le dará mil disgustos; si es tesorero se apoderará de parte de los intereses; si es potentado exigirá de sus criados cuanto ocurra á su capricho; si es rico derrochará su dinero en banquetes, en diversiones escandalosas y en lubricidades; si es acomodado querrá seguir la misma conducta que el rico; si es pobre, después del trabajo forzado, irá á divertirse á una taberna ó á blasfemar de Dios, de la Iglesia y del orden público. ¡Y qué vicios se ha creado el hombre, y qué inhonestas costumbres la mujer! ¡Buen Dios! Cubramos con el silencio esta inmunda cloaca contemporánea, y concluyamos diciendo que el hombre del día, en general, se halla degradado en las ideas, en los sentimientos y en las costumbres, como acabáis de ver.

6. Y si de esta manera se hallan constituídos el hombre y la familia, ¿cómo queréis que se halle la sociedad moderna? Espanto causa tener que pensarlo. Decía Laménais (1), que no es la sociedad más corrompida la que se apasiona por el error, sino la que desdeña y desprecia la verdad; y esto es tan cierto, que negarlo sería querer no ver en medio de la luz. De las generaciones apóstatas anteriores á nosotros podíamos afirmar que se apasionaban por el error; mas de las de hoy podemos decir que desprecian sistemáticamente la verdad sin conocerla, la conculcan sin examinarla. Rutinariamente y sólo por el interés, por el medro personal ó por un exceso de orgullo, se profesan las doctrinas del racionalismo, liberalismo, francmasonería y socialismo; los mismos que las predicán no las creen, pero éstos han logrado su fin bajísimo, el de fraccionar á la humanidad en mil bandos con objeto de que les sirvan de peldaños para subir al poder, donde la simpática mina de la codicia se encuentra.

(1) Prólogo al Ensayo sobre la indiferencia religiosa.

En los clubs, en el teatro, en las plazas, en la prensa impía y aun en la constitución oficial del Estado, los enemigos de la Iglesia han repetido un millón de veces: viva la libertad de imprenta, y á la Iglesia se le prohíbe escribir la verdad; viva la libertad de las ideas, y á la Iglesia se le vea emitir las suyas; viva la libertad de enseñanza, y á la Iglesia se la quiere apartar de la instrucción; viva la libertad de asociación, y se prohíben las congregaciones religiosas y aun se disuelven las puramente seculares; viva la libertad de cultos, y se reprime á los católicos porque lo practican; viva la libertad de la moral, y se mofan de las costumbres santas; viva la libertad del matrimonio, del cementerio, y no hay cosa tan sabida que dicha libertad no existe. ¿Dónde está pues la libertad? Libertad para los malos, opresión para los buenos; con esto se ha conseguido secularizarlo todo, secularizar la conciencia, el pensamiento, el culto, la moral, la palabra, la prensa, la enseñanza, el nacimiento, el matrimonio, el cementerio, el hombre, la familia y la sociedad; todo está secularizado, y lo mismo es estar secularizado que ponerse en manos de Lucifer. ¿Á dónde vamos á parar con semejantes doctrinas? Se ha matado el espíritu religioso; ¿queda en la sociedad ni espíritu racional? Se han ahogado los sentimientos cristianos; ¿queda en la sociedad algún sentimiento noble de sacrificio y de amor? Se han despreciado los mandamientos divinos. ¿Qué es lo que subsiste en la sociedad moderna? Corrupción, y sólo corrupción, desquiciamiento y sólo desquiciamiento: cero en la verdadera acepción de la palabra.

Á este paso, todo esto se va; diré con el sabio Aparisi. Sí, las instituciones actuales se van, se precipitan, tropiezan, se caen, se derrumban, se hunden en el abismo. Y ¿no hay quien pueda oponer remedio al cáncer que corroe á las familias? Y no hay quien pueda hacer renacer la verdad y las buenas costumbres en la sociedad? ¡Ah! Los hombres y las sociedades se hallan en tan lamentable estado porque destronaron á Jesucristo, y lo destronaron de sí propios, de la ciencia, del arte, de los tronos reales, de los tribuna-

les, de las leyes, de la milicia, de la cátedra, de los hogares domésticos y de las plazas públicas. ¿Queremos, pues, vivir á ejemplo de nuestros antepasados, de aquellos tiempos cuando nuestra Patria era grande sólo porque amaba á Cristo y lo aclamaba como Rey de las almas? Si así es, nuestro deber está en reponer otra vez á Jesucristo en su trono, de suerte que lo informe todo: la ciencia y el arte, el solio y el tribunal, la ley y la milicia, la cátedra y el hogar doméstico, la plaza pública y el corazón humano. Es preciso que en vista de estos precedentes, atendamos al Apóstol, quien nos invita á restaurar todas las cosas en Cristo, esto es: á que reformemos nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras costumbres, conforme al divino Modelo indicado.

PARTE 2.^a

2. Este divino modelo es Jesucristo en su atractivo Misterio del Altar. Por más que el arte cristiano de los comienzos de la Iglesia se negó facilitar á los tiempos venideros el retrato auténtico del Salvador, sin duda en obsequio al obligatorio *secreto de los Misterios*: empero á partir del siglo II y sobre todo del IV pintó la fisonomía del Señor, de formas muy variadas, aunque sujetas á la descripción sucinta que de Él forman los evangelistas. Jesucristo, en efecto, es desde todos los puntos de vista modelo y espejo del cristiano; en este concepto sus imágenes revelar debían el bello tipo de la perfección evangélica. Ora se le considere como celestial Maestro, ora como sufrido Redentor, ó bien como Pastor bondadoso, poseemos en la antigüedad cristiana repetidos monumentos que hablan muy claro en favor de este dogma, consignando de paso que, asimismo, nuestros padres en la fe creyeron altamente en él. Bajemos por un momento á las catacumbas de Sta. Inés (1). En un precioso fragmento de un bajo relieve se destaca la imagen arrogante del Salvador puesto de pie; con la mano derecha hace un gesto oratorio muy conocido, y en la izquierda lleva

(1) Garrucci. Vetri, XXX.